

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Año II. Murcia 17 de Febrero de 1889. Núm. 16.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

LOS CASAMIENTOS.

Cumpliendo una ley de la naturaleza, el sexo bello y el fuerte se buscan mutuamente en todas partes y se unen para tirarse los platos á la cabeza; mas como nunca se piensa que puede suceder lo último, el acto de unirse el hombre y la mujer es celebrado en casi todos los países, y la ruidosa alegría de la boda abre á los novios las puertas del misterioso santuario que, con el título de matrimonio, encierra la alegría de algunos esposos felices y el dolor de muchos cónyuges desesperados.

En Europa, la ceremonia del casamiento es bastante grave, pero no asusta; y lo mismo quien puede que quien no puede, todos se casan con un valor y una tranquilidad extraordinaria. Aquí, donde más debe meditar antes de consumar acto de tal importancia, no se medita, y las gentes se casan sin echar cuentas y echando la casa por la ventana en el día de la boda.

Para esto de celebrar con lujo el casamiento, pocos aventajan á los lapones y finlandeses, pues unos y otros convidan á doscientas y más personas que comen durante ocho días á costa de los novios, mientras éstos, sin duda para castigar su despilfarro, se presentan en público llevando una cadena al cuello.

Después de tal ejemplo de fausto, puede citarse como modelo de sobriedad el casamiento de los beduinos. Un amigo del novio se presenta al padre de la novia y la pide en nombre del amante; el padre consulta á su hija, y si ésta accede, quedan terminados los esponsales. Cuatro días después el novio lleva un cordero á la tienda de su suegro. degüella al animal, en presencia de testigos, y así que la sangre se de-

rrama en la tierra, se dá por consumada la ceremonia. Pasan otros cuatro días; el esposo levanta una tienda fuera del campamento, la esposa se escapa de la tienda de su padre y corre hasta la de un amigo; desde ésta, corre á otra de un pariente, y visitando en su fuga todas las tiendas de aquellos que mas estima, cae por fin en brazos de un grupo de mujeres que la conducen al hogar del marido. Al ponerse el sol, quedan juntos los esposos, y desde aquel momento la mujer pertenece al hombre.

Los beduinos pueden tener diferentes mujeres, pero casi todos no tienen más que una. El marido que se cansa de su mujer tiene derecho á repudiarla; y no está obligado á manifestar el motivo de su determinación; pero al enviar á la esposa con su familia, tiene que darla un camello. También la mujer puede separarse del marido sin que éste se halle autorizado para impedirlo, pero mientras el hombre no pronuncie la fórmula: —¡Ent ta lek! (estás repudiada),—la mujer no volverá á casarse.

Entre los persas se verifica el matrimonio por medio de procuradores. La novia lleva en dote el ajuar de la casa, y es conducida á la morada del novio durante la noche, precediéndola una música y todos los parientes con hachones encendidos.

Los kazakos del Turquestán admiten la poligamia, pero sólo para los ricos, porque el precio de la mujer es un regalo cuantioso que recibe el suegro y que se estima en la tercera parte de la fortuna del marido; con el aditamento de que la segunda mujer cuesta, además del regalo, llamado kalgm, otros obsequios, y así sucesivamente, de modo que, tres mujeres empobrecen al hombre más poderoso, y cuatro, le arruinan.

La primera mujer recibe el nombre de baibitcha, y es la que gobierna la casa y la más atendida por el esposo. Cuando un casamiento queda concertado, el marido mientras no pague el kalgm, no puede sacar á la mujer de la casa del suegro, pero puede visitarla con demasiada libertad.

Los mogoles se casan muy jóvenes. El pretendiente envía á la familia de su amada quince carneros muertos, y si la ofrenda es admitida se considera arreglado el enlace. El novio lleva en dote una «iurta» (tienda de fieltro) y varios rebaños, y la mujer contribuye con cinco vestidos, tres caballos, tres ovejas y algunos utensilios domésticos. Consúltase á un astrólogo para que señale día favorable, y se llama á un «dejellungo» (sacerdote) para presidir la ceremonia. Esta consiste en arrodillarse los novios sobre un pedazo de fieltro, con el rostro vuelto al Oriente, delante de la «iurta» del esposo; el sacerdote toma un vaso que contiene caldo y un muslo de carnero, entrega al hombre la parte huesosa del muslo y la carnosa á la mujer, y dos muchachos, empujando tres veces las cabezas de los contrayentes, gritan: —¡Honrad al muslo de Chaggai! —¡Honrad la manteca!»

—Los amigos de ámbos esposos les cogen los gorros, arrojándoselos al sacerdote, que se retira á la «iurta» y el dueño del gorro que primero llega al fondo de la tienda, recibe los plácemes generales, porque se cree que morirá después que su cónyuge. A continuación, doncellas y casadas, divididas en dos bandos, se disputan á la novia y traban una lucha á puñetazo limpio. Concluye la ceremonia con una borrachera que dura diez ó doce horas.

Los habitantes de la isla de Mata-mai, (Asia), se casan sin formalidad

